

DON José María Pemán ha brindado a la afición muchas facetas histórico-personales: durante la República fue el inflamado contestatario de derechas creador de «El Divino Impaciente»; durante la guerra civil, un inestimable propagandista al servicio de la causa nacional, con ejecutoria política de cierta importancia; después de la guerra fue durante casi treinta años una bien equilibrada mezcla de portavoz oficioso de Estoril, poeta y dramaturgo folclorista y crítico general de costumbres generales. Sin embargo, la memoria común conservará en el futuro dos «pemanes» fundamentales: el Pemán de «El Divino Impaciente», de disputada clasificación por las historias del teatro y las antologías del humor, y el Pemán crítico de costumbres, sobre todo el Pemán televisivo, el creador de la serie de «El Séneca», la única serie nacional capaz de competir en su tiempo con los telefilms de procedencia norteamericana.

Los atentados cotidianos y visuales de la televisión contra el espectador suelen ser delitos sin pruebas. Las imágenes actúan y no quedan. No dejan el testimonio inapelable de las palabras escritas. La memoria no basta para conservar todos los detalles del atentado. Muy excepcionalmente, los hechos televisivos se traducen en palabra impresa, encuadernada, estuchada, mercantilizable; es decir, en libros. Entonces yo creo que nuestro deber de público es examinar con lupa lo que en su día tan fugaz, y sin embargo eficazmente, pasó ante la puerta de nuestra caverna. La aparición de guiones de la serie de «El Séneca» en un libro, nos permite recuperar el cuerpo del delito. Con el apoyo de la memoria visual podemos volver a «presenciar» las peripecias de las fábulas de Pemán. Y si uno se predispone a la lectura del libro, es muy difícil que lo abandone sin apurarlo en palabras y sentidos. Porque «El Séneca» es significativo por los cuatro o los seis costados. «El Séneca» es el caldo concentrado de una ideología y, por otra parte, el principal lujo ideológico que Televisión Española se ha permitido en casi veinte años de existencia.

Tras la aparente banalidad de unos personajes y unos juegos verbales aparece nada menos que una completa tragedia liberal, en cinco actos e incluso musicada a medias entre Debussy y el maestro Quiroga. Pemán, como los buenos rejoneadores, caracolea con su caballo. Señorito y artista, juega con el toro. El toro es un símbolo familiar para todos nosotros. El toro, ¿acaso no somos nosotros mismos? El único enigma previo que nos plantea la lectura es: ¿Quién es el espectador privi-



«La memoria común conservará en el futuro dos "pemanes" fundamentales: el Pemán de "El Divino Impaciente" y el Pemán crítico de costumbres...».

PEMAN Y "EL SENECA" una tragedia liberal

MANUEL VAZQUEZ MONTALBAN

legiado de esta faena? ¿A quién se la ha brindado? Hay que buscar entre el público potencial compañeros de la posición moral del señor Pemán. Viejos posliberales, profesional e intestinalmente hablando, que sólo se han puesto serios históricamente en dos o tres ocasiones; pero lo suficientemente serios como para adoptar maneras políticas situadas en la más radical antítesis liberal. Quien a los treinta años no ha sido totalitario, es que no tiene corazón; pero quien a los setenta

años sigue siéndolo, no tiene cabeza. Esta inversión del viejo axioma político podría servir muy bien para captar esa posición moral desde la que Pemán caracolea y en la que los destinatarios de su faena contemplan los toros desde la barrera.

UNA OPERACION APERTURA

«El Séneca» cumplió un papel «aperturista» dentro de la programación de Televisión Española.

la. Por la boca del personaje, Pemán expresaba su posición ante las cosas y los hombres de España. Dentro de la precaria gama de ideologías que no repugnan a Televisión Española, la de Pemán representaba el techo al que podía llegar la tolerancia televisiva. Ante el espectador, las opiniones de Pemán-Séneca sonaron a discrepancia amable, pero a discrepancia al fin y al cabo. Pemán ponía en sorna cosas que habitualmente en la pequeña pantalla suelen recibir tratamiento de auto sacramental.

Los guiones de Pemán pasaron por una conveniente traducción formal, conveniente y acertadísima. Por la catadura de los personajes, por el medio ambiente imaginado, por el sentido de los comunicados, ¿qué mejor que una formalización álvarez-quinterista? La mala o nula educación teatral del presumible espectador se ha detenido en un teatro y un cine cuyas características lingüísticas no se apartan gran cosa del teatro burgués de los años veinte y treinta. Traducir los guiones de «El Séneca» como si fueran pequeños sainetes en «videotape» significaba partir de un conocimiento bastante serio de lo que el espectador acepta sin molestias según su lógica visual.

Además, la configuración del personaje y sus ideas tenía notable parentesco con las comedias de costumbres de los hermanos Álvarez Quintero. Basta recordar piezas como *Doña Clarines*, en la mejor tradición de la inutilidad crítica (esa crítica inútil que inútilmente intenta sustituir a la crítica útil). Por otra parte, los personajes de Pemán tenían las mismas características externas del supuesto andalucismo de los terribles hermanos. Esos andaluces de exportación interior, que se quedan a medio camino entre el señorito cortijero y el peón de la emigración, sin llegar a ser tampoco pequeña burguesía urbana, han sido generalmente utilizados para no tener que dar el verdadero rostro del pueblo andaluz.

Contra lo que hayan podido sostener exégetas de los Quintero y Pemán, el Séneca no existe. Aunque Pemán suela mostrarse tan reticente con respecto a la sociología, esta ciencia o infusa o confusa tiene, sin embargo, las suficientes luces como para ayudarnos a descubrir que el Séneca no existe. No existe al menos con las características sociológicas que Pemán le ha dado. Su filosofía es la de un rentista «outsider»; sus tesis, las de un radical lerrouxista, su oficio desconocido, su nivel de vida aceptable (tiene criada y una casa de buen ver); intereses socio-históricos, al parecer, no tiene: es el eterno espectador de lo que pasa y no pasa. A lo más que se acerca el Séneca es

PEMÁN Y EL SENECA

al retrato robot de un vendedor de piensos jubilado, estamento social nada tipificable.

El Séneca no es ni del Opus, ni de la Falange, ni abusivamente monárquico, ni tradicionalista, ni demócrata cristiano, ni conservador, ni moderado. Ya hay que dar por descontado (y el Séneca hace lo que puede para ayudarnos) que no es marxista, anarquista, social demócrata, servan-schreibista, gaullista, etc. etc. El Séneca es un liberal desganado que huye de las actitudes definitivas, incluso de las actitudes liberales. Un liberal desganado era cuanto precisaba Televisión Española para la inversión aperturista: la contratación de Pemán, *enfant terrible* tolerable. Y Pemán tuvo la importante oportunidad de expresarse a través de un hombre de paja principal y otros tres marionetas colaboradores. Por primera vez en la historia de Televisión Española se programaban tratamientos ideológicos no totalmente identificados con la verdad establecida y su forma de expresarla.

Veamos cómo aprovechó José María Pemán tan estimulante libertad. Veamos qué intentó decirnos el Séneca a los españoles.

CUATRO PERSONAJES CON CUERDA Y MARCHA ATRÁS

Los cuatro personajes fundamentales de la serie son el Séneca, don José, doña Mati y Doloritas. Más que cuatro personajes en busca del autor, aquí podría hablarse de cuatro personajes con cuerda y marcha atrás. El control de Pemán es absoluto. En algunos programas, el propio autor leía un prólogo ante las cámaras, y a continuación cuanto decían o hacían sus personajes parecía el punto y seguido de la última oración pronunciada por Pemán. Si los cuatro personajes están en función del sumo sacerdote Pemán, entre ellos se subordinan al lugarteniente del hechicero: el Séneca. Físicamente, los personajes están bien connotados: Don José, un viejo noble y aplomado, dispuesto a sorprenderse y reírse por las gracias de el Séneca; equivale al doctor Watson, de Conan Doyle, en relación con Sherlock Holmes; el doctor Watson se equivoca para que Sherlock Holmes acierte, y Sherlock Holmes acierta para que el doctor Watson se sorprenda. Doña Mati es una solterona con bastante mala guinda, mal pensada y española burguesa tópica, con una muy subterránea relación sentimental platónica con el Séneca. Doloritas es la sirvienta de el Séneca, viejecita hipercrítica y perpleja ante las proccadades y desajustes del mundo, muy conveniente para recibir las correcciones mundanas y sarcásticas de el Séneca.

Las relaciones inter-personajes son muy interesantes. Doloritas siempre está ligada a la imagen de regreso al hogar, a la idea misma del hogar. En cambio, los otros tres personajes suelen formar una pandilla mosquetera que a veces da a sus acciones movimientos de ficción de aventuras. Entre don José y el Séneca sólo hay la relación de pretexto coloquial. El antecedente subcultural español más próximo que se nos ocurre fueron aquellas emisiones didácticas sobre agricultura que programó Radio Nacional con el título *España Agrícola*. Un lugareño muy tonto, muy cazarro y muy ignorante servía el proceso mayeutico en bandeja a un ingeniero agrónomo muy listo, muy paciente y muy culturalizado. La emisión estuvo ligada a las intenciones didácticas de lo más confuso del período autárquico.

Si la relación don José-Séneca es meramente instrumental, para que el relato prospere, la relación entre el Séneca y doña Mati es mucho más rica. Una cuarentona de buen ver, cristiana, decente y, naturalmente, agresiva, entra en varias ocasiones en conflicto amable con el Séneca. Se trata de contactos furtivos verbales o de situación que pueden producir en el espectador imágenes mayores. A Pemán a veces se le escapa el equívoco, y uno no sabe si el equívoco sigue controlado por las inhibiciones de los personajes o por las inhibiciones de Pemán.

Hace ya demasiados años, con motivo de mi primer encuentro con César Santos Fontenla, me sorprendió con una aguda observación sobre Pemán: «Sería muy interesante —dijo— hurgar en el conflicto entre sus ángeles y sus bestias de ficción y llegar hasta el mismísimo Pemán como conflicto personal». Es curioso, pero un escritor tan aparentemente tolerante consigo mismo y con sus temas y criaturas, siempre deja la sensación de que reprime muchísimo más de lo que libera.

Para muestra transcribo uno de los fragmentos más interesantes del libro que nos ocupa. Doña Mati y el Séneca llegan a un hotel y estalla un equívoco erótico, espeluznantemente resuelto mediante la magia del verbo, esta vez no hecho carne.

SENECA.—Doña Mati... Otra vez le toca a usted su cuarto sobre el mío...

DONA MATI.—Sí... El director cuida la moral de su clientela.

SENECA.—Ya en dos excursiones anteriores nos tocó la misma distribución. Y yo quería pedirle a usted un favor.

DONA MATI.—Séneca..., ¡tú sabes que soy una mujer decente!

SENECA.—No bromees. Te trata de que yo me desvelo si me despiertan en el primer sueño. Y co-

mo usted, doña Mati, es tan noctámbula, que, a pesar de ser esdrújulo no significa nada malo, sino que le gusta a usted trasnocharse, pues siempre sube a su cuarto una hora después que yo y se quita usted las botas de agua como quien apedrea un decanato de Universidad; tira usted las dos, ¡pof! ¡pof!, y como el suelo de usted, que es mi techo, es de madera, me despierto asustado. Casi creyendo que están aquí los que sean: que algunos chicos, rusos o americanos, van a llegar un día y, ¡paf! ¡paf! Yo le rogaría a usted que se quitara las botas y las pusiera en el suelo con suavidad, como quien pone dos flores en el altar de la Patrona..., muy suavemente... A ver si se acuerda usted... Porque usted, como ahora se dice, es más distraída que el Ángel de la Guarda de los Kennedy.

DONA MATI.—Descuide, Séneca... No lo olvidaré... Las pondré suavemente, suavemente, como quien le da dos besos a un niño.

Curioso el juego. Sí y no. No definitivamente, pero la imaginación del Séneca, y la del público, estará pendiente del «strip-tease» de doña Mati, de si se quita las botas con suavidad. Y doña Mati dejará las botas en el suelo, el suelo que está sobre el yacente Séneca, y las dejará como «... quien le da dos besos a un niño». ¿No piensan esta clase de señoras que todos los hombres llevamos dentro a un niño?

La cosa no termina aquí. Momentos después, el Séneca telefona desde su habitación a doña Mati y le dice:

SENECA.—Doña Mati, por Dios. Que no puedo dormir. Me despertó, ¡pof!, su primera bota... Y llevo media hora esperando que tire usted la otra. Esto es un suplicio chino.

¡La de cosas que puede haber imaginado el Séneca mientras esperaba esa segunda bota, ese segundo beso! Y luego dirán que los cincuentones no saben sacar partido a la vida.

«(LOS OTROS)»

Las relaciones de ese cuarto protagonista con «los otros» permiten que por la pantalla desfile un abundante muestrario del «bestiario» nacional. Nunca mejor aplicada la denominación «bestiario». Para Pemán, los otros son curiosidades sociales que siempre llevan en sí mismo un estímulo para la crítica del Séneca. Desde el lumpen proletariado hasta personajes de la Administración (es curioso, pero Pemán tiene el techo crítico a la altura de director general y jamás lan-

za críticas, amables por otra parte, a niveles superiores), pasando por los guardias de Tráfico, los pastores, las viudas y los extranjeros, la Humanidad circula por el túnel de lavado del cuarteto y sale bien limpia. De una u otra manera, los otros forman parte de un auto sacramental cómico cuyo título más capaz sería: *De España y los españoles*.

Los otros y lo otro, todo lo que no está dentro de esa casa andaluza donde vive el Séneca y se afana Doloritas, es España, y es manifiesta una teoría de España y los españoles, soporte ideológico fundamental de la obra. Pemán critica a veces la realidad conformada por el poder o por las estructuras ordenadas por el poder, pero siempre respeta el poder y las estructuras ordenadas por el poder. A veces su inocentismo crítico está al nivel de un bache:

SENECA.—Este bache debía venir en los mapas.

DONA MATI.—Como que yo creo que podría sacarse partido para el turismo.

SENECA.—Ya lo he pensado yo... Fundar una inmobiliaria que construyera en las orillas... Y organizar regatas de balandros en el bache.

Pero a veces no desdeña llegar con sus críticas a las alturas:

DON JOSE.—Todo el país es una provisionalidad que van a venir mañana a acabarla de arreglar.

El liberalismo de Pemán es consciente de que con una plumieta de palomo hay que hacer coquillas y en una bandeja de plata servir el chocolate con picatostes. Dentro del mismo guión en el que don José acaba de lanzar esta amable pero algo grave acusación, la sentencia moral final del Séneca es la siguiente:

SENECA.—Pero vamos viviendo de chapuzas, relajación, trampillas. Una nación es tal batiburrillo y una complicación de cosas a hacer, que ya no se puede ser exigente. Ya me lo oyeron decir: «¡Benditos sedáis todos esos que hacen las cosas mal, porque, por lo menos, las hacen!»

La tolerancia crítica de Pemán es inmensa cuando se enfrenta a un hecho directamente entroncado con el poder. En otro de los guiones comienza la disección crítica de un «desarrollista», soltero y algo catalán (se llama Martínez Pi). Pero Pemán detiene el carro sarcástico a tiempo, y Martínez Pi demuestra ser finalmente un excelente tipo que dimita a los setenta y cinco años. La sátira de Pemán es siempre lo su-



Antonio Martelo, protagonista de «El Séneca», que cumplió un papel «aperturista» dentro de la programación de Televisión Española.

licientemente ambigua para que uno no sepa si critica la Ley de Arrendamientos Urbanos (viene a decir que es un cuento), porque está al lado de los arrendatarios o de los propietarios de fincas urbanas de Jerez, compañeros de clase, tertulia y siesta del escritor gaditano. En su crítica a determinadas medidas de la Administración nunca se sabe la motivación, porque el Séneca sociológicamente no existe y su ideología jamás traduce sus intereses, o así lo cree Pemán. De una u otra manera, las críticas de Pemán son críticas sustitutivas de cualquier crítica radical, real, verdaderamente cuestionadora.

Hay demasiados datos que nos ponen en la pista del aristocratismismo del Séneca. Su visión desganada de los hombres y de los compromisos con la realidad alcanza especial burla cuando se aplica a los pobres tipos. Hay una impiedad o al menos una asepsia helada ante el sufrimiento social. Lo que le atrae argumentalmente de una criada española que trabaja en Nueva York no es que se haya tenido que ir a Nueva York en busca de trabajo, sino que le sea infiel al marido con un compatriota de Pontevedra. Y a costa de la situación hace un chiste; bastante divertido, todo hay que decirlo. La visión que el público va teniendo de los españoles de «abajo» no puede ser más tónica y tragicómica: poco propensos al trabajo, dados al alcohol y a la infidelidad conyugal. Leamos esta carta que doña Mati envía a alguien con posibles recomendándole a un matrimonio sin posibles:

"Mi distinguida amiga: La presente con esta carta a Pedro Expósito y su esposa, que todavía no lo es, pero que lo va a ser de un momento a otro: en cuanto encuentre trabajo y piso. El podría servir en cualquier cosa, con tal que no le dé mucho trabajo. Me dice que ha trabajado muy bien en una carpintería; vamos, la carpintería de la cárcel, donde estuvo seis meses y un día: para eso de la redención por el trabajo. El Tribunal se empeñó en que era reincidente. Cosa que no es cierto, pues la otra vez le cayó un año y seis meses. Mucho más que ahora. Sabe también conducir un automóvil, sino que se empeñan en no darle el carnet porque alguna vez bebe una copa de más. Pero muy rara vez, y siempre con ocasión que lo justifique. Por ejemplo, en el día de su santo, que él se llama Santos, y aunque su día propiamente es el día de Todos los Santos, también lo es el día de cada Santo, puesto que son todos, con lo que resulta que todos los días celebra con una copa el día de su santo. Ella es una mujer buena. Ha sido fiel, no a su marido, que no lo es el

portador de la presente, pero ella le es fiel como lo ha sido a todos los anteriores. Guisa bastante bien; vamos, lo corriente. Sería una mujer de su casa si tuviera casa. Hará usted una obra de misericordia si les coloca en cualquier sitio y en cualquier cosa".

Hasta el mismo Séneca comenta: «¿Y a esto le llama usted una recomendación?». Doña Mati no se inmuta, contesta: «Es que me da escrupulo decir mentiras. Ya tengo bastante con las declaraciones a Hacienda».

Toda una posición elitista, cargada de prejuicios, aparece en la carta de doña Mati, tolerada, si no suscrita, por el propio Pemán. El español o es un pícaro o es un triunfador o es un espectador. Para los aristócratas, la caída es un movimiento sin éxito y el caído una curiosidad. Los caídos bajo la piedra de la Historia, las clases sociales de «abajo», entrarán igualmente en este esquema valorativo: son curiosidades sociales y étnicas. Hay que constatar el fenómeno, y a otra cosa, a otra curiosidad contemplada desde la jubilada omnipotencia de «voyeur». Pemán hace suya aquella afirmación tan «española» del inefable Cánovas del Castillo, la hace suya y la pone en boca del Séneca: «Esto no se arregla, ni hay quien lo arregle, ni conviene que se arregle».

Y si nos conformásemos con pedir a ese espectador privilegiado no una acción modificadora de la realidad, sino una declaración expresa de solidaridad hacia los otros, el Séneca tendría una descorazonadora respuesta:

"No sedís como hermanos. Sed como las visitas de cumplido".

SENTIDO DEL HUMOR

El humor de Pemán está basado en el desequilibrio de peso y sentido de las palabras (gracejo característico de nuestro teatro cómico) y el non sense más próximo a Cantinflas que a los Hermanos Marx. He de aclarar que humor en el Séneca es todo y el Séneca sin humor es nada. Desde su privilegiada posición de burla cósmica y con ayuda de chistes de muy vieja tradición, el Séneca se ríe de lo humano y lo divino, pero, sobre todo, de lo marginal: política y moralmente hablando. Cantinflas le inspiró la siguiente ocurrencia:

DOÑA MATI.—Sí..., pero antes de enviudar tuvo que hacerse cargo de la casa... Porque su marido murió quebrado.

SENECA.—¿Una hernia?

DOÑA MATI.—No, una industria de electrodomésticos... Quebra fraudulenta.

De nuevo, Cantinflas:

SENECA.—... Que dicen que don Benito Pérez Galdós se alojó en la Fonda del Comercio, que estaba por aquellos años en mi calle, cuando se estaba documentando para algunos de mis episodios nacionales, de cuando los franceses anduvieron por estas tierras. Y como don Benito dicen que era de Canarias, seguramente comería muchos plátanos y, seguramente, tiró alguna piel de plátano a la calle. Y allí sigue. Os lo aseguro.

Otra vez Cantinflas, pero esta vez «a lo divino»:

SENECA.—En todo caso, el trabajo es un castigo de Dios, y no debe uno pavonearse de los castigos... Escuchad este evangelio apócrifo. Dios bajó a la tierra a

dar una vuelta y ver cómo iban las cosas. Vio muchas máquinas y fábricas, aliviando el trabajo del hombre. Sólo en algún rincón pobre vio todavía segadores agobiados bajo el peso del sol, sudando a chorros: «¿Qué hacen ustedes?». «Ganamos el pan. Según la ley del Señor: Ganarás el pan con el sudor de tu frente». Nuestros primeros padres se preocuparon mucho con ese castigo. Y el Señor les miró con ternura y dijo, sonriendo: «Bueno..., ¿tampoco va uno a poder gastar una broma?».

Otras veces, las palabras son las exclusivas portadoras de un humor pesado, pesado como plomo negro y nocturno.

SENECA.—Que en Villachica, el director general de urbanizaciones decretó desde Madrid que había que tener, por lo menos, una «zona verde»... Y nuestros municipales, que no sabían bien lo que era, cumplieron el decreto poniendo en una plaza una «boite» o sala de noche. ¡La zona más verde que podían imaginar!

Una línea después, el Séneca se despacha con humor celtibérico y teoría de lo español, en dosis iguales:

ALCALDE.—Entonces, ¿por qué permanece el oso en el escudo de Madrid?

SENECA.—Ante todo, porque a los españoles les gustan mucho los animales feroces. El oso es un animal que abraza a un hombre y lo deja «roque»... Lo mismo que algunos políticos, que, a fuerza de abrazos acaban con el que les conviene... Por eso, el oso halaga no poco al español, que, como buen celtibero, prefiere la fuerza a la ley... Yo sé de uno que opinaba que cuando un oso se comió, en los Pirineos, al Rey Fabila, para suceder a Fabila se debió proclamar Rey al oso... ¡Se lo había ganado!

A Pemán, a veces, se le va la pluma (¡lo que habríamos leído si Pemán no tuviera tan angustiado control de los deslices de su pluma!).

MARQUESA.—¿Usted es especialista en algo?

MEDICO.—De Pediatría.

MARQUESA.—¿Pedi... dice? Yo no tengo nada que ver con esos ruidos vergonzantes... ¡Hip!... Mis gases no salen por ninguna puertita falsa... ¡Hip!... ¿No lo ve?

Hay un humor económico (A la economía le gustan las gordas, de ahí la concentración bancaria) y también un humor racial:

NEGRO.—Los negros merendamos muy poco, don Séneca. Más bien una cena de ministros blancos, que son los que deciden.

A veces, el humor roza principios muy fundamentales. Así, el Séneca, a la vista de Reyes Magos convertidos en guardias motociclados, exclama:

SENECA.—¡Camellos y Reyes

PEMÁN Y EL SENECA

Magos mil novecientos sesenta y nueve! Nada de restauración. ¡Instauración!

Pero las constantes del humor senequiano siguen aderezadas con salmuera.

DON JOSE.—Estoy en la capital. He venido hasta aquí buscando aparcamiento. Un poquito más, un poquito más... Total, que he venido, para aparcar, aquí, en Villachica, y ahora vuelvo a pie a la capital.

O bien:
MULEY.—Cuidado... ¡No te pases!... Mahoma era un gran profeta y Cristo, otro... ¡Alá es uno, grande y libre... como España!

O bien:
R. FURIOL.—Gracias. Sí; estoy de primer teniente de alcalde. Soy inflexible... ¡El teniente alcalde de Zalamea!

Y, para terminar, el apartado humorístico, un nuevo viaje al Pemán que pugna continuamente con sus contenciones pudorosas:

SEÑOR.—Pero me da pena que usted me llame a estas horas y que se vaya con las manos vacías... ¿Qué podía hacer por usted? ¿Le gustaría que le mandase una fotografía de la luna?

SENECA.—¿Con dedicatoria autógrafa?

SEÑOR.—No bromee... Le advierto que es una foto novísima que casi nadie posee todavía. Porque es de la cara de atrás.

SENECA.—Eso, no... Pornografía, no.

ESPAÑA EN EL MUNDO

Otra de las finalidades más presentes y cumplidas en los tratamientos ideológicos de la serie es la de fijar la situación de España con el resto del mundo. En Pemán nunca hay una exaltación activa de la peculiaridad, del *Spain is different*. Hay una tolerancia cansada, una indulgencia plenaria para los pecadores de este pecado. En el fondo de la velada crítica senequista hacia lo exterior hay un reconocimiento a la agudeza del pícaro aborigen, siempre más listo que el turista.

Pemán intenta situar «su conciencia» de España al margen de las grandes alineaciones internacionales. Insinúa, divertidamente, el peligro ruso y chino, pero también, de vez en cuando, testimonia su poco aprecio por la apoyatura yanqui. Los extranjeros son curiosidades sociales, étnicas y políticas, cuya mayor desgracia es no haber sido modificados por el aire, el sol y el vino de Jerez de la Frontera. A pesar de sus ingredientes familiares de extranjería, Pemán es un andalucista por vocación, si consideramos «andalucismo» el talante vital de la casta dominante en Jerez de la Frontera y su *hinterland*.

Pemán gasta muchas ironías al

progreso técnico extranjero, a la importación de técnicas para medir la vida: por ejemplo, le molesta la economía y la entiende a medias. Pero donde Pemán se clarifica sin ambigüedades es en la cuestión de España vista desde fuera, como si ver España desde un determinado nivel social y desde Jerez de la Frontera no fuera también verla desde fuera. Así, las mayores chanzas del Séneca y su pandilla van dirigidas contra el observador de las Naciones Unidas que viene a velar por la pureza de las elecciones. El pobre mister Ricquet asiste a unas elecciones a la española e inicia la ceremonia del recuento soltando dos palomas:

RICQUET.—Son las palomas de la paz y el desarme.

Hecho el recuento, la elección es unánime, tan unánime que el

Séneca se asusta y le dice a Ricquet si no habrá ido muy lejos con la unanimidad.

RICQUET.—Sólo he dejado la que vota por la Virgen de Fátima.

El cachondeo electoral merece la siguiente reflexión por parte de la elegida: Doña Jesusa.

DONA JESUSA.—Y así queda explicado el modo de volver los trajes al revés para que tengan una segunda vida. Al fin y al cabo, la eternidad, el cielo y los cuerpos gloriosos vienen a ser algo así como volver del revés nuestro traje usado. Mañana explicaré otro punto de mi programa: el modo de hacer tortillas de cinco huevos con sólo dos.

Esta sátira electoralista no parece grave porque el «pueblo», ese «pueblo» que Pemán ha disfrazado ahora de electores, ha colocado estos nombres en las pa-

peletas: Mesalina, la Reina de Inglaterra; la Pasionaria, Pinito del Oro. Al pueblo no le interesa elegir. Nada cambiará, ¿para qué, pues? Mister Ricquet se contagia de este «realismo popular» y da la cosa por buena. Es el extranjero ganado por la propaganda de la evidencia. Dejará de ser ese extranjero proceloso, constante inventor de la «leyenda negra», ese extranjero que tan bien retratan entre doña Mati y Séneca:

DONA MATI.—Pero yo enseñé la traducción de un artículo que salió en el "Chicago Tribune Post"...

(Guiño, por la espalda, de Fletcher a don José y Séneca.)

... En él se aseguraba que en España seguía la Inquisición. Que en las cárceles españolas, según la nueva ley de Orden, estaban llenas de caballeros que llevaron una dama al cine, sin poderle exhibir al acomodador el certificado de matrimonio de la parroquia, la garantía de estar casado por la Iglesia.

FLELCHER.—Yo no podía creer que seguía la España negra.

SENECA.—Sí, claro... Usted conocía de España, vamos, lo elemental, que Felipe Segundo ahorcó a don Alvaro de Luna porque miraba demasiado a Isabel la Católica.

De un plumazo, el Séneca desmonta la Leyenda Negra. Al final, ni siquiera se dejará al espectador la duda de si el artículo del «Chicago Tribune Post» tenía, aunque sólo fuera, un mínimo apoyo en un sucedido real. Todo ha sido una confabulación casamentera de doña Mati. El miedo educa y es el mejor aliado de las moralidades. Pemán reivindica aquí un rigor en el conocimiento exterior de España que él no tiene en sus caracterizaciones de «lo extranjero». Así, nos brinda la parodia de un árabe en el personaje Muley, que, naturalmente, se presenta diciendo: «Alá es grande y Mahoma su profeta», bajo el paternalismo del Séneca, que, unas líneas antes, ha dicho:

SENECA.—Hay que mimarlos. Desde que dejamos el protectorado, nos tenemos que proteger de los moros.

Y, poco después, Pemán falsifica considerablemente la capacidad «hispánica» de hacer síntesis:

SENECA.—Eso es... Y, por mi parte, la Giralda, para ti, hermano. Ahí la tienes. España es una gran fábrica de síntesis humanas... Hay el mudéjar, el morisco, el mozárabe... Y, ¿qué más? El hispano-árabe, el ángulo árabe. Bueno. Perdona: ¡eso son caballos!

La mayor parte del mudéjar fue expoliado para construir iglesias cristianas. Los moriscos fueron expulsados. Los caballos, sí. Ahí sí funcionó la síntesis.

En Martelo halló Pemán el intérprete que adecuaba la figura del Séneca. Su trágica muerte supuso el fin del programa.





Emilio Rodríguez, en el papel de maestro en «Crónicas de un pueblo», que ofrece una gran semejanza físico-funcional con el Séneca.

UNA TRAGEDIA LIBERAL

He hablado de tragedia liberal consciente de que podía sembrar una pequeña parcela de confusión. De no constar un cierto retrato personal del Pemán posterior a los años cuarenta, sólo un sesenta por ciento de los artículos de «ABC» dan fe de vida del liberalismo del viejo y divino impaciente. Hay un liberalismo nefasto (el que sigue alimentando doctrinalmente al neocapitalismo), hay un liberalismo moralista (el que impide la complacencia en el dogma y la religiosidad en política) y hay un liberalismo inútil (el que ni consigue nada ni impide nada). La tragedia liberal de Séneca pertenece a este tercer apartado.

El viejo y divino impaciente no quiere perder el tiempo perdido. Tiene un conocimiento de los datos exteriores de un mundo que se le aleja y de una Historia que no domina, con la vaga impresión, además, de que jamás la dominó, aunque, en ocasiones, se jugara a hacerle creer lo contrario. Entonces, Pemán-Séneca detiene el reloj, el sol cierra las puertas, falsifica las respuestas, se miente a sí mismo una juventud ideológica y un *happy end* personal e histórico, conseguido por el talante liberal. En las páginas de los guiones de «El Séneca» hay un largo fragmento, especialmente revelador, de tan inútil esfuer-

zo. El Séneca se ha convertido en un improvisado examinador y sus alumnos quieren hacerle «la contestación». El Séneca se propone ganarles por la mano y anuncia que va a aprobarles a todos. Entonces transcurre la siguiente escena, que hará sonreír al lector actualmente en ejercicio universitario. Inicia la escena un delegado estudiantil:

DELEGADO.—*Pero, ¿no os indignáis? Eso será una limosna. Caridad, no justicia...*

ALUMNOS.—*Eso es verdad...*

—*¿Qué debemos hacer?*

—*La no violencia..., resistencia pasiva.*

DELEGADO.—*Ya habrás leído eso en las máximas de Mao Tse Tung.*

ALUMNOS.—*Yo, no. Porque eso, para mí, es chino.*

—*Pues explica que no se pueden admitir regalos de los poderosos.*

—*Se intenta hacernos víctimas de un desprecio...*

—*¡Eso es imperialismo puro!*

—*¡Hay que descolonizar el curso!*

DELEGADO.—*No..., se propone, como resistencia pasiva, que nos comprometamos todos a disparatar en el examen, de modo que nos suspenda... ¡Que se mienta sus aprobados en el... bolsillo, vamos! ¿Estáis conformes? No digo que levanten el brazo los que están conformes: porque levantar el brazo es cosa fascista.*

ALUMNOS.—*¡Todos a una!*

Pobre Séneca. Pemán le ha engañado y, en vez de ilustrarle sobre el comportamiento de los estudiantes en 1969, le ha situado en la Universidad de 1952. Le ha engañado incluso en las citas: porque lo de la no violencia y la resistencia pasiva fue cosa de aquel albiazul, fantasmal Lanza del Vasto que se paseó por España en 1959. Y en cuanto a delegados de curso tan imbéciles como el actuante, ya no quedan y habría que remontarse a la época de los pioneros de la resistencia frente al SEU.

Engañado por Pemán, el Séneca, sin embargo, llegará a buen puerto. Los chicos se han juramentado con el increíble lema de ¡mariquita el que apruebe!

—*¡Juramentados todos para ser suspendidos?*

—*Jurado sobre "El Capital"..., de Marx.*

—*Yo juro sobre la Biblia.*

—*Vale también... Hay libertad de cultos.*

—*¡Abajo el aprobado burgués!*

—*¡Viva el suspense libertario!*

¿De verdad Pemán ha creído en algún momento que la juventud estudiantil pueda ser tan ingenua o simplemente estúpida? Bien. El Séneca aprueba, a pesar de los disparates que le contestan:

SENECA.—... *Colón, ¿de dónde era?*

ALUMNO.—*Gallego.*

SENECA.—*¿Y qué hizo?*

ALUMNO.—*Lo que tantos gallegos. Emigró a La Habana.*

El aprobado del Séneca indigna a los chicos. Sale el liberal profesor a la calle y le espera la contestación. Pero el Séneca se gana sus voluntades y la cosa termina a la española (según Pemán), es decir, tomando unas copas en un bar. Gran algarabía y el Séneca propone cantar algo. Los chicos ofrecen las siguientes canciones: «La internacional», el «Himno de Riego», «Giovinezza» y el pasodoble «Los voluntarios»... Pero el Séneca, que sabe más por viejo que por diablo, dice que las únicas canciones que sabemos todos los españoles son «Tantum ergo» y «Corazón santo, tú reinarás». Finalmente, cantan todos, fascistas y supuestos maoístas, bajo la dirección polifónica del maestro liberal:

"Aquellos duros antiguos, que tanto en 'Cai' dieron que hablar".

Sospecho que Pemán intentó vivir una importante experiencia personal e histórica a través de su medium: el Séneca. ¡Ahí es nada! Intentar demostrar a millones de españoles que, a pesar del mayo francés, que a pesar de todos los pesares, la solución seguía siendo la tolerancia, el vaso de vino y una canción:

"Aquellos duros antiguos, que tanto en 'Cai' dieron que hablar".

Y con todo, estamos comentando el más arriesgado empeño de Televisión Española para «ponerse al día». Un empeño que pasó a peor vida, porque Pemán fue sustituido como comentarista de España, siglo XX por Eugenio Montes, y la ideologización mediante «El Séneca» fue sustituida por la ideologización mediante *Crónicas de un pueblo*. Uno a los comentarios históricos de Pemán. En cierta manera, eran más libres que los de Eugenio Montes, estaban menos condicionados por la coyuntura. O, por decirlo en lenguaje de «El Séneca», se ha pasado de un lenguaje de restauración a un lenguaje de reinstauración.

Y en cuanto a *Crónicas de un pueblo*, materia de otro posible análisis, sólo un dato comparativo: ¿se han fijado en la semejanza física entre el Séneca y el maestro de «Crónicas de un pueblo»? Semejanza física y de función: el gran padre, el gran consejero paternalista. En el subconsciente de la *España Eterna*, ¿se encarnan así las figuras premonitorias de los padres de nuestra triste historia? ■ M. V. M.